

Entre textos y cosas: tomates y tinturas

 Noé Jitrik

Tanto en los preparativos como en los numerosos actos realizados para recordar el Vº Centenario del Descubrimiento o hallazgo casual o encuentro cultural con América, predominó mundialmente el punto de vista europeo; por cierto, hubo no pocas voces indignadas —en especial de grupos indígenas o contestatarios— tanto en América como en Europa, que sostenían que nada había que celebrar considerando, de paso, el hecho mismo de la relación europea con América como uno de los mayores agravios que se hubieran cometido con la historia misma durante el transcurso de eso que se llama “Historia”.

Pero, es bueno decirlo, lo que consideraríamos el punto de vista europeo no solo reside en Europa sino también en los países americanos; podría traducirse del siguiente modo: gracias al Descubrimiento, América entró en la Historia de la Humanidad y, en consecuencia, le debe hegelianamente a la humanidad todo, o haciendo una pequeña transacción, casi todo lo que es ahora, después de cinco siglos de tormentoso proceso: negar que en su conjunto América es Occidente, aunque sea Tercer Mundo, parece más una obstinación que una hipótesis razonable de trabajo.

Es difícil refutar ese punto de vista, que se confunde con la occidentalidad misma, y aun parece ocioso hacerlo aunque pague tributo al realismo político; en lo propiamente político quizá haya alguna alternativa que, rescatando un pensamiento autónomo, no implique una negación de la historia. Pero este es otro debate; apelando a una mirada comparatística que actúe no solo sobre textos privilegiados o reveladores para ver cómo se intersectan y se condicionan recíprocamente, sino con hechos que se confunden, funden y afectan el amplio campo de la cultura, interesa más llamar la atención sobre lo que podría ser un movimiento inverso, o sea de qué modo América, a partir del afortunado día en que tres barquichuelos llegaron a las arenas del Caribe, dio forma o aun existencia, en esos cinco siglos que transcurrieron, a algunos aspectos esenciales de la cultura europea.

El razonamiento no es resentido ni reivindicativo: emana de una evidencia naturalizada; enfrentarla es una tarea que un comparatismo serio podría proponerse y que consistiría, justamente, en desnaturalizar y hallar en lo evidente una dinámica para evadirse de las redes de un descriptivismo horizontal al que la idea de la comparatística invita, más allá de su deseo de hacerlo en sus formas más refinadas. En ese sentido, y como invocación al origen de una idea o una imagen, quiero empezar por evocar el museo instalado en la llamada “Casa de Cortés”, en Cuernavaca, México: salta a la vista, viendo un cuadro comparativo de materias propias del viejo y del

nuevo mundo, que el ajo, por ejemplo, no era oriundo de estas regiones, así como tampoco los “textos ajo” o los “bodegones ajo” pero también que el tomate, que como veremos da lugar a múltiples textos, no lo era de aquellas, así como, yendo a otros niveles de comparación, el arabesco no era de aquí pero de aquí —un aquí muy amplio y diverso que asumimos a los efectos de no disolver un discurso abarcador— eran ciertas estrategias distorsivas en las líneas que permitían encarnar en figuras, no figurativas, abstracciones tales como las divinidades.

Se haya o no contemplado ese cuadro comparativo, se ha hecho ya lugar común la frecuente mención del modo en que ciertos productos americanos entraron en Europa y modificaron tanto lo alimentario como lo visual, que eran bastante primitivos hacia fines del siglo XV; yo mismo, en estas páginas, trataré de considerar este aspecto mediante una conjetura que no parece tan alocada: cómo, a partir de las sustancias tintóreas que abundaban en América y que fueron llegando a Europa, se fueron ampliando los recursos pictóricos en circulación y modificaron las miradas que los evaluaban para llegar, eventualmente, a esa plenitud de formas que se conoce como pintura renacentista. Seguramente hay más aspectos en los que se podría indagar; hacerlo, creo, nos haría sentir menos modestos acerca de la intervención americana en el proceso mundial de la civilización.

Es cierto que la famosa Carta de Colón, editada en latín en 1493, difundió por Europa su hazaña y proporcionó una imagen muy vaga de lo que la propia mirada del Almirante no había alcanzado a percibir bien, pero eso no significó que en lo inmediato, como lo pretenden algunos, el mundo recién descubierto fuera admitido y comprendido. Podemos imaginar la indiferencia de los aldeanos y campesinos, aislados en sus poblaciones, frente a semejante y poco comprensible noticia pero aun a los intelectuales, que estaban haciendo gimnasia para producir eso que se llamó el Renacimiento, dicha noticia les resbaló; estaban obsesionados por la antigüedad y lo que veían venir o querían que viniera era la Grecia soñada y la Roma perdida, no los caníbales tropicales y ni siquiera los majestuosos aztecas. Hay quien cree ver en la obra de Rafael, por ejemplo, alusiones al mundo recién descubierto: parece bastante forzada la idea; en la biografía de Miguel Ángel, muy documentada, de Luis Antonio de Villena, la palabra América no aparece jamás, seguramente tampoco el concepto ni, como lo sostengo, la deuda. Ni siquiera en la muy racional *Encyclopédie* se encuentra una información cabal.

Pero, no obstante esa ignorancia de lo que estaba pasando, podría decirse que estaba incidiendo, aunque de otro modo y más lentamente, desde lo material hasta lo simbólico. Quiero mencionar ahora solo un aspecto básico de la codificación de la modernidad europea, la Revolución Francesa, relacionado con una zona marginal del mundo, Haití, por añadidura punto casi inicial de lo que podría ser el contacto entre ambos mundos. Es un caso complejo que vale la pena evocar no solo porque su desgracia como país nunca dejó de estar en el tapete sino porque fue bisagra, una de las zonas de encuentro más dramáticas y dolorosas de la historia moderna y, al mismo tiempo, laboratorio de una América futura que nunca cuajó del todo. En *Toussaint Louverture*, que es más que una biografía del desdichado libertario, Aimé Césaire, describe cómo y por qué los jacobinos de la Convención, tan ortodoxos en materia de higiene revolucionaria, pactaron con los girondinos en el punto de la independencia de Haití y se aliaron con ellos para impedirla: la invasión napoleónica posterior y el drama de Pauline Bonaparte no es más que un sello puesto en ese acuerdo, que tantos males produjo. Los girondinos, que estuvieron en el origen y la eclosión de la Revolución francesa, habían hecho sus fortunas manufacturando materias primas provenientes de esa isla. El esquema comercial era completo: los barcos cargados de manufacturas —telas, azúcar, etc.—, propiedad de los burgueses de Burdeos, las vendían en las factorías africanas; cuando las bodegas se vaciaban, y para no regresar escorando, las

llevaban con esclavos negros conseguidos a precio vil y los llevaban a Haití; ahí los vendían y, vacías otra vez las bodegas, embarcaban caña, tabaco, tinturas, maderas, que llevaban para su transformación a esa ciudad que se hizo hermosa, lo mismo que otras de la misma costa, gracias a ese furor comercial. Ingenioso circuito en el cual los únicos que se enriquecían eran ellos, que luego se alzarían contra la monarquía en nombre de los derechos humanos, negados, desde luego, a los haitianos porque, si se admitía su independencia, tal circuito se rompería. En suma, la Revolución Francesa, tan importante para la civilización mundial, tiene su origen material en la caña y el tabaco de Haití y las otras islas del Caribe, lo que probaría, una vez más, que no hay ideas en el aire sino que siempre están encarnadas en movimientos económicos. Y si de comparación se trata, habría que poner junto al texto de Césaire los escritos de Robespierre, junto a *El reino de este mundo*, de Alejo Carpentier, y *Revolución y conflictos internacionales en el Caribe*, de José Luciano Franco.

También podría aludir al ida y vuelta: el pobre Colón no halló el oro que buscaba con tanta ansiedad pero el oro y la plata fueron fluyendo a lo largo del siglo XVI hasta acumularse en los depósitos de las casas reales y crear la ilusión de que los países eran por fin ricos; los ricos eran los monarcas y los señores que, como se sabe en relación con las cortes italianas, habían sido burgueses: ahora eran príncipes del Estado y de la Iglesia y usaban los metales preciosos para ornato: la abundancia de esas materias está en el origen de la orfebrería y esta, a su vez, dada su índole y el modo de trabajarla, da lugar a una representación envesada, lo que llamamos “barroco”. Benvenuto Cellini narra, en su *Vita*, cuántos caprichos decorativos podía suscitar esa abundancia entre esos señores y aun los crímenes que se podían cometer para detentar los de más alta calidad. El barroco, pues, nace de ese flujo, sea cual fuere la argumentación que le da sustento, los conceptos que lo validen estéticamente. El barroco trasciende y se proyecta sobre la literatura y en este código regresa a la América que proveyó los elementos que le permitieron consolidarse. También como interferencia en las empresas que permitieron constituir objetos estéticos, me refiero a lo que se conoce como sincretismo y del cual los productos en México y en Perú son soberbios, parecen propios del genio local y lo son en ese ida y vuelta tan imprevisible como entendible a la luz de una mirada comparatística que podemos considerar como “genética”.

Entiendo que estos apuntes pueden parecer sutiles y arbitrarios; intentan tan solo constituir una mirada poética sobre los nutrientes recíprocos del desarrollo de la cultura moderna y el carácter de las deudas establecidas en más de quinientos años. Toussaint Louverture inició el proceso de la independencia de Haití junto con la liberación de los esclavos desde un imaginario iluminista que también motivó e inspiró a los ardientes defensores de los derechos humanos en Francia; esos mismos, o sus herederos, lo redujeron, lo remitieron a Francia y lo encerraron en un lóbrego castillo-cárcel en el que también había estado preso Mirabeau, ese nombre insignia de las nuevas libertades conquistadas. En la celda en que murió hay una placa, que no lo dice todo, más bien no dice nada, rodeada, esa nada, por unas flores marchitas: es un texto que hay que poner junto a la conmovedora tela de Delacroix, *La Libertad guiando al Pueblo*, para rescatar su significación, para hacer si no reparadora al menos útil una comparación.

Esta deriva puede llevarnos lejos e instalarnos en una zona, aunque llena de contradicciones, fecunda, la de lo que cada parte le entregó a la otra y qué hizo cada parte con lo que recibió. La historia colonial de América, que no es solo lo que Sarmiento describe como resto en *Recuerdos de Provincia*, sino un perdurable sistema de relaciones que remodela todo, registra momentos de transformación cuya memoria se ha perdido; la décima neoclásica española se ha hecho instrumento de cultura popular en lugares tan distantes entre sí como Cuba y Chile; los norteamericanos que ocuparon Puerto Rico —José Luis González lo señala en *El país de los cuatro pisos*— desde

hace un siglo introdujeron en el mismo acto una dominación, deliberadamente, y la perspectiva de ciertos derechos para las mujeres, por añadidura, que la colonia española ignoraba totalmente. La lista de situaciones es interminable, casi imposible: solo veda un comportamiento, el maniqueísmo, la interpretación unidireccional. De este modo, invertir los términos abriría a otra lectura, para algunos solo poética y lírica, para otros una idea posible de relaciones diferentes, así sea en el campo de una subjetividad que puede estar tan colonizada como cuando la colonia era el único horizonte que se abría ante los ojos.

Y, para retomar un apunte inicial relacionado con las materias que los europeos detectaron y se llevaron, bien se puede afirmar que para un italiano pensar que el tomate no es eterno en su país, tan pródigo en salsas, ha de ser una locura, lo mismo que para un alemán entender que la papa no sea fruto del suelo sajón o para un suizo que el chocolate no provenga de una flor alpina.

Los europeos, lo sabemos, viven ciertas materias como desde siempre propias, por el uso que le han dado y por el valor que tienen para ellos. Eso no quiere decir que sean originarias de allí. El tabaco, para mal o para bien, del que se jactan franceses, Gauloises y Gitanes mediante, ingleses en el uso elegante de las pipas, y aun rusos y turcos, ganó en todas partes pero no es nativo de los sitios en los que ha tenido un culto y en los últimos tiempos una reprobación muy fuerte. Los italianos no ignoran que un mítico viajero, Marco Polo, heroico no porque haya ganado batallas, fue a la China en tiempos muy remotos y volvió con los brazos llenos de pastas, pero eso es como si no hubiera ocurrido tal vez porque era italiano y, por eso, consideran la pasta como cosa propia, indiscutiblemente.

El tomate, en particular, triunfó de tal manera en las marmitas que su forma pasó al arte. No hice la investigación correspondiente pero no me cabe duda de que fue representado muchas veces por pintores célebres en naturalezas muertas y bodegones. En el cine, al menos una vez logró un estatuto de excepción; pasó, por decir así, al rango de objeto signifiante. Es en *La Marseillaise*, de Jean Renoir, el hijo del pintor Auguste; se ve al Rey Luis XVI en Versailles, recogido en su recámara, está comiendo; llega un emisario de la Convención para anunciarle que está preso, se presiente lo que le espera pero él no hace caso e invita a su austero visitante, cuyo ropaje calvinista contrasta con el lujo monárquico —el actor es el magnífico Louis Jovet— a que lo acompañe a comer: “son tomates, es un platillo exquisito”, le dice. Jovet agradece, no tiene, pese a que trae en sus manos una sentencia de muerte, por qué ser descortés y rechaza, luego de lo cual se lo llevan y ya se sabe cuál fue su final. En otra escena, de sentido opuesto, un joven marsellés decide enrolarse en los ejércitos de la Revolución, la misma que le cortará la cabeza al Rey; se lo muestra despidiéndose emotivamente de su madre: “lo único que lamento es que en París no podré comer tomates”, dice entre sollozos, ignorando que alguien los había obtenido y los había gozado en esa misma ciudad.

Otras materias, eso ya no se discute, por ejemplo la mostaza para los franceses —en la Edad Media se consumía más que el azúcar— o el arenque para los nórdicos, o las aceitunas para los griegos, o las remolachas para los rusos, son propias, ancestrales, se pierde en los tiempos la memoria de su uso, que se confunde con la identidad misma de esas comunidades, datan de cuando eran migrantes y cazadoras. Pero de aquellas, que no obstante haber venido de otra parte, caracterizan tan profundamente su vida cotidiana, llegaron una vez, a mediados del siglo XVI y se quedaron para siempre, la memoria de la llegada se ha perdido. Quizás en América ha ocurrido lo mismo con el trigo, las vacas y la literatura, ya no sabemos de dónde llegó todo eso, ni siquiera recordamos que la vaca y la literatura fundaron al menos este país.

Lo que se puede ver en el mencionado museo de la Casa de Cortés, en Cuernavaca, además de su didacticismo, deja pensativo, uno se pregunta por qué el tomate prendió y se universalizó y no los agaves, por qué no prendieron los diversos usos americanos del maíz —la tortilla, la arepa, el locro, el pozole, el elote enchilado— así como tampoco la mandioca o la yuca y sí, en cambio, tuvo tanta fortuna la piña, también llamada ananá.

Los europeos, se dice, desafiaron las estepas primero y los mares después en busca de especias que conocían, la pimienta, la nuez moscada, la canela; en el *Diario del primer viaje* Colón registra, con obsesiva reiteración, el menor rastro de oro que pueda haber en esas tierras nuevas y desconocidas; en cierto momento, como si recordara uno de los sentidos de su viaje, les muestra a los indígenas granos de pimienta y hojas de canela con el fin de que le indiquen si hay de eso por ahí; entretanto, no deja de observar que hay gran cantidad de “liñaloe” y si bien no dice cuál es su uso es obvio que lo debe tener: “lignum aloë”, o sea “árbol del áloe” o áloe propiamente dicho, de conocidas propiedades medicinales. También al pasar advierte de qué modo los indígenas se pintan y esas distraídas notas conducen a un tema que me parece capital: el de las sustancias tintóreas que, junto con las especias, debían constituir parte central de los objetivos de tan arriesgados viajes.

Creo que el hallazgo de esas sustancias debía interpretar y satisfacer una necesidad indudable, la de la industria textil de la cual se puede decir, para fines del siglo XV y todo el XVI, que pasaba por dos tipos de problemas; el primero, el de las telas de uso, el segundo el de la tapicería. En cuanto a las telas, sin duda, lo que la precaria industria —en los comienzos de su desarrollo— podía ofrecer no competía con lo que venía del Lejano Oriente; los modestos pero enérgicos empresarios flamencos o italianos debían desear ofrecer, como siempre lo hizo ese sector de la burguesía, más variados e interesantes productos. Y si, como lo estoy insinuando, pasaban por una crisis de la tintorería, las sustancias que empezaban a llegar abrieron nuevas y excitantes alternativas, no hay más que ver la riqueza de las telas y la suntuosidad de los ropajes en la pintura renacentista, reflejo, hasta cierto punto, de lo que era en la vida cotidiana. En cuanto a la tapicería, requerida cada vez más por la decoración cortesana, tropezaba con las pobres posibilidades de una gama que no permitía exhibir la voluntad de boato y de identificación con las situaciones mitológicas. No me parece para nada casual, por lo tanto, que la tapicería haya tenido tan grandes cambios a partir, sobre todo, de la conquista de México y el tráfico complejo de mercancías que se instauró.

Los tapices —cualquiera, sin ser especialista, lo puede ver— se agrandan, se hacen inmensos, lo que es ya una consecuencia tanto técnica como económicamente pero, sobre todo, enriquecen sus temas, el deseo renacentista de volver al mundo grecolatino encuentra artesanos capaces de concebirlos y ejecutarlos, la posibilidad de ver en los grandes reyes y en los ambiciosos señores la encarnación de los viejos y olvidados pero ahora recuperados dioses sale de la vaguedad y se hace materia de taller, objeto de ornamento, para maravilla de cortesanos y servidores, de nobles y de burgueses. De la estrecha vida medieval, de la cual la imagen de las callejuelas angustiosas y los conventos lóbregos puede ser una ilustración, se pasa, gracias a los nuevos colores, a los salones espléndidos, en los que las paredes vestidas de productos del alto liso, gobelinos y otros, encierran sueños febriles de grandeza, puntuados por la furia de la ambición o la pérdida total del sentido moral, tal como lo relatan Shakespeare y otros grandes escritores del momento.

La imagen de la reina Isabel de Inglaterra, que fuma un puro mientras arma un imperio, y la magnificencia de las tapicerías que podemos ver en los mejores museos del mundo, tienen algo en común: el descubrimiento de América y lo que este continente

empezó a proveer; sustancias humeantes o alimenticias o tintóreas dieron fuerza a culturas que se estaban preparando para la conquista del mundo dándoles instrumentos para que sus representaciones tuvieran otro carácter y, por lo tanto, un nuevo alcance.

Sobre todo de México, empezaron a emplearse —y eso continúa— materiales que no se conocían; daré algunos pocos ejemplos, los nombres son resonantes y no han de resultar extraños a los especialistas; para mí son solo el trampolín que me conduce a otra idea, más excitante todavía, una suerte de poesía de la acumulación, de ecos extraños y expresiones raras. Así, el caracol proveyó el violeta, la cochinilla el carmín, el achiote el naranja, el añil el azul, el encino colorado el café, el sacatinta el gris, el zacatlaxcalli el amarillo, el Palo de Brasil el rojo vivo, el Palo de Campeche el rojo morado, el cinabrio el bermellón, la arcilla el ocre, el óxido de hierro el negro y el rojizo.

Lo menos que se puede decir es que esos colores tienen que haber sido como palancas para imaginaciones portentosas pero frenadas; esos artistas de la hebra, anónimos o conocidos, deben haber sentido, como ocurre cuando los artistas descubren nuevos medios materiales, que el mundo se abría y que todo empezaba a cambiar, sus mentes y sus manos y sus telares adquirirían la fuerza de un terremoto cultural. Y eso, con ser tan decisivo, también debe haber pasado en la pintura, con mayor evidencia todavía. Hasta finales del siglo XV predominaban los azules y los dorados y la pintura era religiosa; había dado, es cierto, prodigios como Fra Angelico y el Giotto o Cimabue pero bien se podía temer que, a causa de los escasos medios, la imaginación, condenada a la temática ritual, comenzara a repetirse y a empobrecerse. Los nuevos colores concedieron una nueva libertad, lo que no pudo no tener consecuencias temáticas y de concepción. Es cierto que eso coincide con el surgimiento de una estructura social nueva, la poderosa burguesía, pero en el arte las cosas tienen otra lógica, no tan directa; se pudo imaginar otros trazos y, de ahí, concebir otras atmósferas. Para decirlo en pocas palabras, el gran arte renacentista por un lado, y el paso de lo religioso a lo profano, que es su sustento, bien podrían deberse a los colores que llegan de América y dan lugar a una nueva historia, más recóndita pero, al mismo tiempo, más fecunda que la de las proezas guerreras o coloniales.

Me faltan los documentos que prueben no solo ese tráfico sino que consignen el fervor con que se los recibía, pero los podemos suponer. Es más, bastaría volver a los trabajos de Antonello Gerbi sobre las disputas del siglo XVIII sobre América para tener una idea acerca de lo que pudo haber sido el impacto americano en Europa en los siglos precedentes, sobre todo a través de plantas y animales. Así, tal vez, se podría explicar el conflicto, no psicológico sino artístico, de pintores como Leonardo, Botticelli o Buonarroti, entre la protección opresora y el pedido que silenciosamente estaban haciendo la línea o la masa de color: todavía atados al reclamo eclesial, menos simbolizante que un *Ad Majorem Gloriam* de la riqueza y el poder, proponen ya universos diferentes, que cada día que pasa aparecen como más maravillosos.

Lo que pretendo decir es que esa maravilla algo le debe al hecho americano; parece casi pueril decirlo pero sin América y lo que América dio no habría sido posible: no existiría “La Venus en las rocas” ni la salsa fileto ni el *gratin dauphinois* ni “Las Indias Galantes”, sin lo cual, comparatísticamente, nuestra vida sería aun bastante menos interesante que lo que es ahora.